

Balaguer: Reflexiones sobre el pensamiento conservador dominicano*

*Wilfredo Lozano***

RESUMEN

Joaquín Balaguer fue presidente de la República Dominicana durante 22 años de manera no consecutiva (1966-1978 y 1986-1996), solamente Rafael L. Trujillo (1930-1961) estuvo más tiempo en el poder que él. La tesis de este trabajo se centra en la forma en que Balaguer se convirtió en el ideólogo del pensamiento conservador dominicano y en el político más influyente de la segunda mitad del siglo XX en este país. El nacionalismo, el autoritarismo, el cosmopolitismo son algunos de los aspectos más relevantes tratados en este trabajo que, al final, permiten identificar las ideas centrales del pensamiento de Balaguer.

Palabras claves: República Dominicana, siglo XX, conservadurismo, Historia de las ideas, Joaquín Balaguer, Partido Reformista Social Cristiano (PRSC), Trujillo.

* Discurso pronunciado el 9 de junio de 2021 en la Academia Dominicana de la Historia, en ocasión de su ingreso como miembro correspondiente nacional.

** Miembro correspondiente nacional de la Academia Dominicana de la Historia.

ABSTRACT

Joaquín Balaguer was president of the Dominican Republic for 22 non-consecutive years (1966-1978 and 1986-1996), only Rafael L. Trujillo (1930-1961) was in power longer than him. The thesis of this paper focuses on how Balaguer became the ideologue of Dominican conservative thought and the most influential politician in the second half of the 20th century in this country. Nationalism, authoritarianism, cosmopolitanism is some of the most relevant aspects treated in this work that, at the end, allow us to identify the central ideas of Balaguer's thought.

Keywords: Dominican Republic, 20th century, conservatism, History of ideas, Joaquín Balaguer, Partido Reformista Social Cristiano (PRSC), Trujillo.

Introducción

Hablar del pensamiento de Balaguer es una tarea difícil. Siempre resulta más fácil analizar los hechos políticos que caracterizaron la vida pública del caudillo conservador, pero resulta que en esta ocasión tengo el reto de discutir sus ideas. Hay una compleja relación entre el proceder de Balaguer como político, que viene siendo el hecho particular que define su lugar en la historia, y su pensamiento como hombre de ideas e ideólogo en el sentido clásico del término. Trataré de dialogar con este último, pero para ello inevitablemente debo valerme de lo que nos indican las acciones del primero.

Tengo la convicción de que Balaguer fue el político más importante de la segunda mitad del siglo XX en la República Dominicana, no por el hecho de haber permanecido al frente del Estado veintidós largos años, pues otros han sido más longevos en el control del poder, como son los casos de Ulises Heureaux en el siglo XIX y el propio Trujillo en el siglo

XX. Paradójicamente, a mi juicio, la centralidad de Balaguer en la política dominicana no se aloja simplemente en su trayectoria como gobernante, donde lo esencial de su experiencia fue, no cabe duda, encabezar una restauración conservadora y autoritaria del orden político, tras la guerra civil de 1965. Su importancia radica en haber logrado imponer un pensamiento, una manera de obrar en el conjunto de la élite política dominicana que asumió las riendas del poder a raíz de la desaparición de Trujillo de la escena histórica.¹

Balaguer no se propuso constituirse en el ideólogo del conservadurismo político dominicano contemporáneo. Si lo logró —esa es mi tesis— fue como resultado o subproducto de su accionar político en la difícil coyuntura de finales del siglo XX. Esto debido a la propia debilidad política e incapacidad hegemónica de la élite dirigente no solo desde el flanco conservador, sino sobre todo del liberal. Por lo demás, la fuerza del «balaguerismo» como corriente política, si cabe el término, se evidenció en el sometimiento de la dirigencia del Partido de la Liberación Dominicana (PLD) —tradicional organización de centro izquierda— a las ideas del caudillo conservador, luego de su alianza en 1996 con el Partido Reformista Social Cristiano (PRSC) de Balaguer en «la lógica del ejercicio político»: la adopción de su punto de vista en cuanto al rol dirigente del Estado y su manejo clientelar para el control de las «clases peligrosas» y la producción de la legitimidad política que demanda el ejercicio de la dominación. Esto se ha visto más claramente en la clase política dominicana en su conjunto, la cual ha hecho del proceder balaguerista el ideal del manejo «exitoso» de la

¹ Desarrollo este argumento en dos de mis libros: *La razón democrática* (Búho, Santo Domingo, 2013) y *La política del poder. La crisis de la democracia dominicana del XXI* (CEP-FES-FLACSO, Editora Panamericana, Santo Domingo, 2017).

política (mantenerse en el poder). De esa forma, dicho discurso logró imponer en los actores políticos el canon doctrinal del eje central de su conservadurismo: el nacionalismo antihaitiano.² Por esa simple razón me parece que vale la pena tratar de desentrañar su pensamiento político.

Además de la introducción inicial, la presente exposición se organiza en cinco partes. En la primera se discuten los orígenes del pensamiento político balaguerista enmarcado en las condiciones de la dictadura y bajo el prisma del lugar que pasaron a ocupar los intelectuales dominicanos en ese régimen despótico. En la segunda se analiza la importancia que cobró la cuestión del Estado en el pensamiento político de Balaguer y en general en la élite intelectual que apoyó a Trujillo. En la tercera parte se discute la tensión entre cosmopolitismo y nacionalismo en el pensamiento balaguerista. En la cuarta se aborda el problema no resuelto entre la visión redentora de la política y el poder autoritario del Estado en la tradición conservadora dominicana y en particular en el pensamiento del caudillo conservador, y en la quinta y última parte se formulan algunas tesis conclusivas.

Orígenes del pensamiento conservador de Balaguer bajo la dictadura de Trujillo

No se puede hablar del accionar político de Balaguer como algo homogéneo y único, mucho menos de su pensamiento

² Desarrollo en detalle este argumento en el *Post scriptum* de la segunda edición de mi libro *El Reformismo dependiente. Política, economía y sociedad en el gobierno de los doce años de Joaquín Balaguer: 1966-1978* (FES-ISD-FLACSO, impreso en Amigos del Hogar, Santo Domingo, 2020). En ese texto discuto con amplitud el lugar del reformismo balaguerista en la historia política dominicana del siglo XX.

político. Como sujeto histórico Balaguer sostuvo una asombrosa capacidad de respuesta ante los contextos cambiantes en los que le tocó vivir y mostró una extraordinaria capacidad de adaptación. Visto así, como intelectual, en Balaguer pudiéramos distinguir esencialmente tres o cuatro grandes momentos articuladores de su pensamiento, en el cual se reconocen puntos fuertes que lo unifican en su trayectoria histórica. Sin embargo, para apreciar la naturaleza de ese recorrido no queda otra alternativa que discutir la especificidad de cada momento histórico.

En primer lugar, no podemos entender a Balaguer como intelectual al margen de la compleja coyuntura que llevó a Trujillo al poder. En esa circunstancia de gran frustración de la intelectualidad ante el asomo o amenaza de la vuelta al caudillismo, que caracterizó la política dominicana anterior a la ocupación americana de 1916, tras el intento continuista de Horacio Vásquez, paradójicamente en la búsqueda del orden y la estabilidad del Estado, una parte significativa de la intelectualidad apostó por el militarismo trujillista que se hizo presente con la llamada revolución de febrero en 1930.³ Digo paradójicamente porque esa intelectualidad buscaba un orden político negador del caudillismo que Trujillo afirmó en una vertiente totalitaria. En la apuesta por el orden autoritario del trujillismo, Balaguer y su generación encuentran su entrada a la política, o con mayor precisión, su acceso al poder en el Estado. De alguna forma esos intelectuales conformaron un pensamiento que intentó abrir en el Estado un espacio de modernización, aunque con un alto costo autoritario, en la búsqueda de lo que

³ Cfr. Víctor M. Medina Benet. *Los responsables. El fracaso de la Tercera República* (Bibliófilos, Santo Domingo, 1973), que continúa siendo el mejor análisis de la coyuntura de crisis política y el ascenso al poder de Trujillo en 1930.

entendían era el progreso, que hoy podríamos conceptualizar como modernización.⁴

A partir de ese punto la intelectualidad que apoyó a Trujillo, y en principio trató de llevar al régimen su proyecto ideológico en su práctica de Estado —su propia visión del mundo—, se vio obligada a reconvertir ese proyecto y adaptarse a las condiciones totalitarias que finalmente impuso el régimen trujillista. En un primer momento esa intelectualidad vio en Trujillo una especie de mediación modernizadora necesaria para el progreso del país, sobre todo para la modernización del mundo rural y su pacificación política heredada del caudillismo. En ambos niveles podría decirse que triunfó, pues la dictadura en su primera fase (1930-1944) logró con éxito, y no sin violencia, la desmovilización y liquidación del caudillismo de base campesina e impulsó una reforma modernizadora del mundo agrario. Sin embargo, en una segunda fase el régimen trujillista mostró un rostro más violento, paradójicamente unido a sus esfuerzos industrializadores orientados al mercado interno y la sustitución de importaciones, así como a la nacionalización del eje de la integración al mercado mundial: la economía azucarera. En esta segunda fase, en que la dictadura asumía un rostro político despótico, la élite intelectual tuvo que desdoblar su visión del mundo y pasar del afán modernizador inicial y su esfuerzo por el orden político estable, como condición del progreso, a una visión racionalizadora del monopolio de la violencia por parte del Estado, al tiempo que fue defensora de un nacionalismo autoritario antihaitiano, a lo que se unía en la fase más tardía

⁴ Para estudiar el lugar de Balaguer en la práctica burocrático-política del trujillismo, así como el papel de las élites intelectuales en la racionalización de la dominación política de dicho régimen, debe verse a Francisco Rodríguez de León. *Trujillo y Balaguer. Entre la espada y la palabra*, Letra Gráfica, Santo Domingo, 2004.

un perfil anticomunista en el marco de la Guerra Fría.⁵ Sin embargo, mientras en la primera fase de la dictadura trujillista los intelectuales cimentaron su actuar político y presencia en el Estado en una ideología del progreso y la modernización, sin abandonar el autoritarismo y paternalismo y la insistencia en la idea del progreso como lo nuevo que había traído Trujillo a la nación, en una segunda fase en su discurso pasó a tener cada vez más importancia el nacionalismo conservador antihaitiano, una fuerte presencia militarista y una importante apelación al anticomunismo.⁶

En esa trayectoria Balaguer fue un dócil representante del proyecto descrito. Sin embargo, aun siendo joven, desde los inicios de la dictadura trujillista, definió una línea propia. El primer punto que quisiera destacar es su bajo perfil burocrático y la búsqueda perpetua de la eficiencia en la gestión administrativa del Estado. El segundo aspecto es su nacionalismo y rechazo a Haití⁷ y, por último, su clara inclinación reformista, donde la reivindicación de las reformas en el mundo agrario

⁵ Cfr. Richard L. Turits: *Cimientos del despotismo. Los campesinos el régimen de Trujillo y la modernidad en la historia dominicana* (Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, 2017), y Andrés L. Mateo: *Mito y cultura en la Era de Trujillo* (Librería La Trinitaria, Santo Domingo, 1993).

⁶ La ideología de la dictadura la discute Cassá en *Capitalismo y dictadura* (Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1982). También debe consultarse a Andrés L. Mateo (*op. cit.*) y Lauro Capdevila. *La dictadura de Trujillo. República Dominicana: 1930-1961*, Bibliófilos, Santo Domingo, 2000. Este último define el análisis más sistemático sobre las relaciones de la dictadura con los Estados Unidos.

⁷ Su libro *La isla al revés. Haití y el destino dominicano* (Editora Corripio, sexta edición, Santo Domingo, 1990) es la mejor síntesis de sus posiciones frente a Haití, pero también un texto clave para apreciar el alcance político de su antihaitianismo.

ocupaba un lugar central.⁸ Aun así, Balaguer tiene una diferencia importante respecto a su generación en la visión del Estado y el orden político, así como en el interés por la clase media.⁹ En este último sentido, rechazó siempre la idea de la democracia como el orden político deseable,¹⁰ al tiempo que veía en la clase media el grupo social que podía asumir la idea del progreso, pero sobre todo sostener socialmente las bases de la propiedad privada como principio ordenador de la sociedad. A esto se suma dos aspectos: su visión redentora del líder y su convicción del papel del Estado como el agente que impulsa el progreso y, principalmente, el orden social y político.¹¹

En el caso concreto que nos ocupa, pudiéramos decir que en Balaguer se observan tres grandes momentos o fases en la evolución de su pensamiento. En un primer momento, durante toda su experiencia como intelectual y burócrata al servicio del dictador Trujillo (1930-1961), predomina un claro estatismo nacionalista, unido a una imagen redentora de la política, donde el líder es asumido como el salvador de la nación y cohesionador del Estado, y, este último, como el demiurgo de la nación y

⁸ Al respecto debe verse su libro *La realidad dominicana* (Ferrari, Bs. As, 1947), que presenta una primera visión sistemática de su mirada reformista conservadora de la cuestión del desarrollo, donde también aparece su discurso nacionalista y toma de posición frente a Haití. De alguna manera, entre ese libro y *La Isla al revés* (1983) hay una solución de continuidad evidente. Los mensajes presidenciales de Balaguer (Santo Domingo, 1979) expresan claramente el lugar que ocupa en su ejercicio del poder el discurso nacionalista y de manera discreta su antihaitianismo.

⁹ Véase *La realidad dominicana* (1947) y *La palabra encadenada* (1985).

¹⁰ Véase su famoso ensayo «El principio de la alternabilidad en la historia», publicado en *La palabra encadenada*, 1985.

¹¹ Estas tesis atraviesan su libro *La palabra encadenada*, que en ese sentido constituye una especie de antología de su pensamiento político.

el agente de la modernización.¹² Tras la muerte de Trujillo, en el pensamiento de Balaguer se acentúa el sesgo reformista de su discurso y pasa a ocupar un lugar predominante la función redentora del líder en una clara visión bonapartista donde la cuestión militar es objeto de gran preocupación, pero ello no altera la concepción general en la cual el Estado sigue siendo el agente cohesionador del cambio, pero también asume un discurso populista que se desarrollará en su segundo gobierno (1986-1996).¹³ Esta segunda fase cubre un largo período desde 1961 hasta 1978.¹⁴ Una tercera y última abarca la etapa de 1978 a 1996 y se prolonga hasta su muerte. En esta fase tardía la función populista del liderazgo redentor pasa a ocupar un lugar central, aceptando con realismo la democracia como forma de gobierno.

Como intelectual, a lo largo de su extensa trayectoria política, se destaca la recurrencia o permanencia de ideas inalterables que unificaron toda su obra: la centralidad del Estado para la

¹² Las ideas de juventud de Balaguer constituyen un capítulo aparte. En ese momento en sus trabajos intelectuales hay una presencia del nacionalismo, el cual se orienta sobre todo a la crítica y rechazo de la ocupación norteamericana del país (1916-1924). En esta fase su visión frente a Haití como una nación inferior se puede observar en varios de sus escritos. Cfr. Joaquín Balaguer: *Escritos juveniles en verso y en prosa* (Fundación Joaquín Balaguer, impreso en Editora Corripio, Santo Domingo, 2009), edición preparada por Jorge Tena Reyes. Debe leerse en la segunda parte de ese libro el prólogo que introduce Fernando Pérez Memén sobre los escritos periodísticos de Balaguer en esos años.

¹³ Véase *La marcha hacia el capitolio* (México, 1973).

¹⁴ En esos años, más que la producción de ensayos sistemáticos y libros, el pensamiento de Balaguer se desarrolla en sus discursos políticos, ya sea como mediador de la transición postrujillista (1961-1962), como político opositor en el exilio (1962-1966) o como presidente de la República (1966-1978 y 1986-1996).

articulación de la nación, el autoritarismo político en la gestión de gobierno, la función redentora del líder providencial en la unidad del Estado, el reformismo conservador como solución al conflicto político, como modalidad de desarrollo y remedio para evitar el desorden social, entre otros asuntos.

La cuestión del Estado y el conservadurismo autoritario

Lo expuesto hasta aquí podría inducir a una lectura errática del proceso descrito y llevarnos a pensar que en Balaguer siempre hubo una constante adaptación a la «situación política» vivida y, en consecuencia, un incesante dinamismo de las ideas. Por el contrario, hay invariantes generales de su pensamiento que le permiten su ágil adaptación a las cambiantes situaciones políticas. Desde los años treinta del pasado siglo XX se mantiene una coherente presencia discursiva a lo largo de su trayectoria política que va desde los inicios de la dictadura trujillista en 1930 hasta su muerte en 2002.¹⁵

No creo exagerar si planteo que para Balaguer la principal constante fue el realismo político, que lo conducía a una visión descarnada de las relaciones de fuerza en la toma de decisiones. Orientado por esta premisa asumió la salida de la escena política en 1961. En 1965 negoció en silencio con Estados Unidos su regreso al país y aceptó los compromisos que exigían las fuerzas conservadoras y sobre todo el propio Estados Unidos para volver al poder en 1966. Resistió como pudo

¹⁵ Esta tesis se encuentra desarrollada en el libro de Roberto Cassá *Los doce años. Contrarrevolución y desarrollismo* (Alfa y Omega, Santo Domingo, 1986), el cual a mi juicio continúa siendo el texto más sistemático sobre la dimensión ideológica y doctrinal del balaguerismo histórico.

el aplastante triunfo de las fuerzas democráticas dominicanas, agrupadas tras el Partido Revolucionario Dominicano (PRD), cuando Antonio Guzmán obtuvo el triunfo electoral en 1978. Se adaptó a la competencia democrática como opositor al PRD en el poder, entre 1978 y 1986, aunque la idea de la democracia competitiva le disgustara. En este último sentido, al regresar al poder en 1986, no respetó nunca la idea de la igualdad de las reglas de la competencia política en la vida democrática y siempre que pudo se las arregló para alterar lo que las urnas indicaban. Finalmente, en un movimiento audaz e inteligente, acordó un pacto político en 1996 con sus adversarios históricos de izquierda agrupados en el PLD a fin de impedir el ascenso al poder de las fuerzas socialdemócratas que el PRD y Peña Gómez representaban, y logró de esta forma que finalmente sus ideas se hicieran predominantes en la política dominicana al inicio del nuevo siglo XXI.¹⁶

Sin embargo, el complemento de ese descarnado realismo era la presencia constante del Estado como categoría articuladora del orden social, sobre todo como instancia cohesionadora y ejecutora del poder político. Balaguer, quien acompañó a Trujillo en la experiencia de la dictadura más que cualquier otra personalidad intelectual de su generación, fue la figura que produjo una visión más coherente de la función central del Estado en la construcción nacional.¹⁷

¹⁶ Véase Roberto Cassá. *Los doce años. Contrarrevolución y desarrollismo* (Alfa y Omega, Santo Domingo, 1986) y Francisco Rodríguez de León. *Trujillo y Balaguer: Entre la espada y la palabra* (Letra Gráfica, Santo Domingo, 2004).

¹⁷ Consúltese en particular «El principio de la alternabilidad en la historia», incluido en *La palabra encadenada* (1985). En *Los carpinteros* (Santo Domingo, 2006), especie de ensayo político y novela histórica, Balaguer presenta una serie de meditaciones sobre la cultura política dominicana que permiten apreciar sus ideas sobre la función

Balaguer fue un ente político realista. Asumió el Estado con un enfoque hobbesiano, en el cual este no representaba tanto una instancia arbitral, sino ordenadora de la unidad de la nación. A diferencia del enfoque liberal (Locke y Mills) en el que la idea del contrato no se fundaba en una imposición del Leviatán, sino en la ciudadanía, visión que desarrolla finalmente Tocqueville, acentuando la función de la sociedad civil, Balaguer se remite a una tradición conservadora que traza un claro camino desde Maquiavelo, pasando por Hobbes, y culmina en toda una tradición de pensamiento conservador en el siglo XIX, cuyo punto de partida fue Burke.¹⁸

Esa idea del Estado como el verdadero demiurgo y articulador de la sociedad funda la visión balaguerista de la construcción nacional. A mi criterio Balaguer estaba convencido de que la sociedad encontraba en el Estado su espacio de cohesión y su momento político fundador como comunidad de cultura. Esto se debió a la conquista ibérica en la que «el hecho colonial» se impuso, primero como Estado colonial y luego, como producto derivado, adquirió articulación social. Esta visión fue resultado de un enfoque general del desarrollo histórico: la nación no encuentra su origen en sí misma, sino en el momento fundador del Estado.

En este punto Balaguer no se apartaba mucho de la manera en que los intelectuales dominicanos de la primera mitad del siglo XX veían el Estado como «la fuente» del orden social. En la visión predominante del problema es clara la figura de Américo Lugo, en cuya obra se aprecia la convicción de que la

del clientelismo, la fuerza de la prebenda en la política de partidos, la dimensión particularista de la política en contextos de atraso rural, etc.

¹⁸ Para una penetrante visión del pensamiento político occidental, véase a Sheldon Wolin. *Política y perspectiva. Continuidad y cambio en el pensamiento político occidental* (Amorrortu, Bs. As., 1974/1993).

sociedad dominicana no es propiamente una nación, por cuanto no había allí un Estado moderno fundador.¹⁹ En Peña Batlle se repite la misma idea, pero orientada al rechazo del vecino del oeste y, por vía de consecuencia, desplazando la visión jurídicista de Lugo por una mirada nacionalista y cultural, donde Haití, como amenaza permanente, explicaba de alguna manera el «vacío» estatal.²⁰ La novedad balaguerista no es la idea del papel del Estado en la construcción de la nación (Américo Lugo) o el nacionalismo que explica la ausencia de un proyecto nacional-estatal como producto de un «enemigo» externo (Peña Batlle) en el proceso de construcción de la independencia política. Balaguer aporta otra cosa: la idea del poder del Estado como el agente que debe crear el orden social necesario para la articulación de la comunidad política.²¹ Lugo asume el asunto mediante un enfoque jurídico-cultural. Peña Batlle reduce el problema al peligro del enemigo externo. Balaguer indica, finalmente, que se trata de la articulación de un proyecto político, de una voluntad nacional de poder.

De este modo, para Balaguer la sociedad sin el poder del Estado no puede cohesionarse y articularse como comunidad política y sobre todo como comunidad de cultura (nación).²² Por ello, la apuesta de su generación, que inició su vida ciudadana durante la ocupación norteamericana de 1916 y se desarrolló durante la dictadura de Trujillo, fue la del orden y el progreso, una manera de pensar la modernidad que en el enfoque estatista

¹⁹ Cfr. Américo Lugo. *El Estado dominicano ante el derecho público*. 1916.

²⁰ Cfr. Peña Batlle. *Obras*, t. I (Comp. Juan Daniel Balcácer, Santo Domingo, 1989) y t. II (Comp. Bernardo Vega, Santo Domingo, Editoral Taller, 1991).

²¹ Esta idea es muy clara en «El principio de la alternabilidad en la historia», publicado en *La palabra encadenada*, 1985.

²² Véase *La realidad dominicana* (1947) y *La isla al revés* (1983).

asumido entrañaba el peligro autoritario y conducía a la cuestión de la fuerza y el poder.²³ En estas circunstancias se imponen algunas interrogantes: ¿Era inevitable apostar por el Estado fuerte para alcanzar el orden y borrar la secuela autoritaria del caudillismo? ¿Podía la figura de Estrella Ureña asumirse como el agente político que motorizara ese proyecto? ¿Hasta qué punto dicho proyecto podía tener éxito sin contar con el Ejército que controlaba Trujillo? Me parece —aunque es una hipótesis— que cuando hombres como Balaguer, pese a su juventud en ese momento, apostaron a la revolución de febrero de 1930 estaban de alguna manera conscientes de los riesgos que asumían.²⁴ Quizás nadie en ese momento vislumbró en sus verdaderas dimensiones el peligro de la continuidad del autoritarismo en una modalidad modernista y despótica en la figura de Trujillo.

De alguna forma, en las postrimerías de la dictadura, cuando Balaguer llega por primera vez al poder en 1961, y sobre todo tras su ascenso a la presidencia en 1966, a lo largo de su experiencia de 22 años de gobierno, aplica un argumento general que cohesiona sus mandatos: para poner orden en el país necesitamos un Estado organizado, un poder fuerte. Pero Balaguer es también un realista y, por ello, reconoce que para impulsar su proyecto debe contar con las fuerzas sociales existentes y las cuotas de poder que controlan; tiene que coexistir con el producto histórico que estaba demarcando las condiciones de la acción de ese mismo Estado.

²³ Véase Andrés L. Mateo (*op. cit.*); Francisco Rodríguez de León (*op. cit.*), y Víctor M. Medina Benet (*op. cit.*).

²⁴ Indudablemente, esta hipótesis introduce un componente controversial: la idea de que en la prédica reformadora y la búsqueda del progreso de la nación por parte de la élite dirigente del país existía un componente autoritario y una mirada redentora sobre las masas campesinas que implicaba la separación entre las élites y el componente popular de la nación.

Eso nos lleva a un último punto. Balaguer es un político cuyas ideas deben ser tomadas muy en serio para entender su accionar histórico. No se trata de un mero líder populista que en el fondo no asume compromisos ideológicos de ningún tipo. En diversas obras se adhiere a las ideas de Carlyle. En diversos escritos cita el ensayo del pensador inglés *El papel del héroe en la historia*. A Balaguer le atrae mucho la idea de un hombre providencial como agente dinámico del cambio histórico.²⁵ De alguna forma, bajo ese argumento toda una generación trató de justificar el ascenso de Trujillo al poder. Por lo demás, en el contexto de la época circulaba un cierto bonapartismo criollo justificador de la acción de los caudillos latinoamericanos, piénsese en Vallenilla Lanz, también muy leído por Balaguer.²⁶ En este clima intelectual en el fondo la idea era que solo con hombres fuertes se alcanzaría la cohesión y unidad del Estado y que en un marco político con ausencia de instituciones ordenadoras del poder solo con una mano fuerte, con carácter, garras y lucidez podía articular la voluntad colectiva que requería la estabilidad política y el cambio modernizador, el progreso.²⁷

En ese *ethos* político Balaguer estaba convencido, no cabe duda, de que Trujillo fue un hombre providencial. A su juicio, de alguna manera Trujillo cumplió una necesidad de la historia. Con sutil elegancia Balaguer afirma que también tenía una suerte de destino, era por tanto una especie de César.

²⁵ Esto se aprecia en diversos textos, como «El principio de la alternabilidad en la historia» y *El pensamiento vivo de Trujillo*, así como en su trabajo autobiográfico *Memorias de un cortesano de la «Era de Trujillo»*, entre otros.

²⁶ Laureano Vallenilla Lanz: *Cesarismo democrático: estudios sobre las bases sociológicas de la Constitución efectiva de Venezuela* (Caracas, 1919).

²⁷ Esta tesis es clara en *El pensamiento vivo de Trujillo* y de modo menos directo en su ensayo *La realidad dominicana*.

En el contexto del postrujillismo, sobre todo a partir de 1966, esta tesis adquiere un sincretismo bonapartista. En tal coyuntura ese destino era revelado por la incapacidad oligárquica para gobernar, la ausencia de una clase empresarial e industrial moderna y el hecho de que los militares sencillamente se proponían apropiarse del botín del Estado. Balaguer afirmó en varios discursos y en su rendición de cuentas ante el Congreso en 1974 que también era de alguna manera un hombre providencial, porque solo él tenía la capacidad para armonizar las fuerzas oligárquicas y militares y el débil empresariado en un proyecto político coherente.

Un enfoque de ese tipo genera quizás más problemas de los que resuelve. Por lo pronto obliga a reconocer que el argumento balaguerista para sostenerse debe apelar a un espacio social que el débil empresariado y la vieja oligarquía no tienen, pues sus bases sociales son muy débiles. Se trata del peso del campesinado en la composición social de la nación. Balaguer, como Luis Bonaparte, asume que él representa a la masa principal de la nación, los campesinos, por ser en la práctica el heredero moderno de la dictadura, aunque obra en condiciones distintas.²⁸ A partir de ese punto, define un discurso que persigue alcanzar el liderazgo en el Ejército, expresión armada del poder dictatorial disuelto, pero también expresión difusa del mundo campesino.

²⁸ La idea del cesarismo como mecanismo de movilización política y, sobre todo, como estrategia de generación del orden político desde el Estado, atraviesa la visión de gran parte del liderazgo político en la región del Caribe. En la intelectualidad que apoyó a Trujillo es indudable que esta idea tenía un espacio ganado, pero tal concepción alcanza una mayor elaboración en el pensamiento de Balaguer, no como propuesta de teoría política, sino como visión del papel de hombres fuertes en la construcción del orden político. En ese sentido, *Cesarismo democrático: estudios sobre las bases sociológicas de la Constitución efectiva de Venezuela* de Vallenilla Lanz fue un referente doctrinal importante en esos años para Balaguer y su generación.

Con esa visión, tras su ascenso al poder en 1966, nos guste o no, la idea del Estado pasa a albergar la propuesta de la reforma social desde arriba en un formato autoritario heredado de la dictadura y también un compromiso político muy distinto al que la causó. Se trata del bonapartismo: bajo la dictadura trujillista el Estado y, en esencia, Trujillo pretendían asumir la representación del campesinado, pero en una clave despótica que negaba todo espacio político a las clases que tradicionalmente controlaron el poder hasta la llegada del dictador en 1930: los terratenientes, los comerciantes y la élite política tradicional de ascendiente caudillista. En la segunda modernidad que Balaguer inaugura en 1966, se mantiene el sesgo conservador y la marginación de las clases dominantes tradicionales, pero ahora los campesinos se convierten en el sostén de un orden político por definición inestable, que incorpora a las clases dominantes tradicionales, pero las margina políticamente; convierte a los militares en el verdadero partido del orden, pero los somete a un modelo fraccional entre sus mandos que les quita ese poder. Sostiene de ese modo el equilibrio político del Estado en un juego de bloqueo de poderes, precisamente para armar uno nuevo del que Balaguer es usufructuario, representante, expresión y líder.

Esta discusión trae consigo un nuevo elemento, el del carácter elitista de la modernización. En general, las reformas modernizadoras en el capitalismo vienen siempre desde arriba. Los británicos en el siglo XVII hicieron su revolución política apoyándose en una clase terrateniente en proceso de cambio hasta convertirse en una burguesía rural, cuya clara expresión fue el triunfo de Cromwell sobre la corona en el Parlamento. En este caso, los británicos articularon la primera experiencia capitalista moderna, pero no desde la aristocracia monárquica. Fueron medianos y pequeños propietarios campesinos los que se transformaron en burguesía rural, los que sostuvieron el cambio hacia el capitalismo manufacturero y luego industrial,

mientras los comerciantes de las ciudades terminaron siendo exportadores. Aun así, el resultado fue un acuerdo entre esa emergente burguesía de base rural y la aristocracia monárquica.²⁹ Con ello se completaba el primer gran capítulo del sistema mundial capitalista moderno de base industrial. Estados Unidos produjo quizás la única revolución política burguesa moderna desde abajo, apoyada en los granjeros (*farmers*) que controlaban la producción agrícola en el oeste del país y la pequeña burguesía manufacturera del este.³⁰ En Francia la revolución de 1789 la dirigió la burguesía de las ciudades y del medio rural, pero con un gran apoyo de las masas campesinas y las capas intelectuales herederas de la Ilustración.³¹

Sin embargo, en la mayoría de los países llamados del tercer mundo, el proceso modernizador no se verificó como la experiencia clásica en Inglaterra, Estados Unidos y Francia. En Rusia la transformación industrial fue una tarea del Estado, primero bajo los zares, luego con los bolcheviques. En el gigante asiático, más allá del masivo apoyo campesino al Partido Comunista de China (PCCh), fue su élite la que dirigió la revolución guiándola hacia un formato campesino. Luego de la muerte de Mao, el proceso modernizador se orientó hacia la industria urbana y en el siglo XXI hacia la economía informacional, tras la nueva escena de la globalización; pero el proceso fue igualmente elitista y desde arriba. En Japón el esfuerzo industrializador partió del Estado y los grandes señores de la guerra. En México la revolución de 1910 fue campesina en su base, pero estuvo orientada y dirigida por una élite urbana que

²⁹ Véase el texto clásico de Barrington Moore. *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia: el señor y el campesino en la formación del mundo moderno* (Península, Barcelona, 1976).

³⁰ Barrington Moore, *op. cit.*

³¹ *Ibidem.*

logró transformarse en Partido-Estado, el Partido Revolucionario Institucional (PRI).³²

Ese es el clima en el que se movió la élite intelectual dominicana al momento del ascenso de Trujillo al poder. Por ello no debe asombrarnos el dirigismo estatal que defendía la élite política y la convicción de los intelectuales de que solo un Estado fuerte podía asegurar lo que en esa época se definía como el «progreso». Por otro lado, cuando Balaguer impulsa la industrialización por sustitución de importaciones en su segunda fase a partir de 1968, las ideas predominantes en la región eran las de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), que impulsaba un movimiento de cambio desde arriba liderado por el Estado.

Por todo esto, no debe extrañarnos el convencimiento de Balaguer de que el proceso modernizador y el desarrollo solo podía impulsarlo el Estado, o más bien debía orientarlo y dirigirlo. Pero Balaguer era un hombre conservador, le tenía terror a la revolución, es decir, al cambio rápido, profundo, que implicaba grandes rupturas en la sociedad. En el fondo, ese terror a la revolución era más bien el miedo al pasado dominicano de la época de la montonera, pero sobre todo su rechazo a la idea de la acción de masas que cuestionara el poder de la élite. Aun así, Balaguer como reformista no podía ocultar una cierta vena de simpatía hacia quienes propugnaban el cambio revolucionario, lo cual nunca puso en riesgo su convicción conservadora, su alineamiento geopolítico con Estados Unidos y su ortodoxia anticomunista. Cuando Balaguer se acerca a Fidel Castro en los años setenta lo hace claramente por conveniencias políticas y específicamente económicas en el mundo azucarero, del cual República Dominicana y Cuba formaban parte, pero eso no puede ocultar que entre

³² Véase John Womack. *Zapata y la revolución mexicana*. 1968.

ambos líderes hubiese un reconocimiento recíproco. De la misma forma, cuando Balaguer legaliza el Partido Comunista Dominicano (PCD) lo hace por determinantes políticos a fin de presentar una imagen de liberalización del régimen autoritario que dirigía, pero no era falsa su confesión de que los miembros del PCD eran algo así como los integrantes de izquierda de una élite de pensamiento. Balaguer lo creía así, aunque en su régimen se produjeron cientos de asesinatos de figuras de izquierda y del PRD, incluidos militantes del PCD, como es el caso de Orlando Martínez.

Las anteriores consideraciones son importantes para comprender la jugada maestra de Balaguer al final de su vida política. En los años 90, en la última fase de su segunda administración (1986-1996), se enfrentó a un momento de cambio muy difícil. El modelo económico que había manejado con destreza en su primera administración (1966-1978), basado en las exportaciones tradicionales y la industria sustitutiva de importaciones, se había desplomado. En su defecto, había emergido un nuevo modelo exportador de servicios en torno al turismo y, en correspondencia, se había fortalecido un nuevo empresariado con mayor autonomía del Estado y estrechos lazos con los poderes tradicionales ligados a la banca y el capital financiero.

Inicialmente, Balaguer apostó por no asumir la nueva racionalidad económica neoliberal exportadora de servicios. Optó por un modelo neokeynesiano de estímulo a la demanda por la vía del gasto del Estado, que condujo a la crisis fiscal, la inflación y una severa contracción económica. En esas condiciones se vio forzado a un gran acuerdo con el alto empresariado, lo cual trajo como consecuencia la pérdida del control por parte del Estado de los ejes dinámicos de la economía: azúcar, energía, comunicaciones y banca.³³

³³ Véase al respecto Leopoldo Artilles, «Capítulo 9. Los diez años de gobierno del Dr. Joaquín Balaguer, 1986-1996: La dialéctica entre

Para nuestros fines es central la dimensión propiamente política de ese acuerdo. Con este, a cambio de permanecer en el poder, Balaguer aceptó el canon neoliberal en la economía y con ello que el Estado no podía continuar siendo el eje y guía del control del proceso de desarrollo. Claramente esto implicaba que el estatismo del proyecto reformista de Balaguer había perdido vigencia histórica.

En 1994 Balaguer repitió su accionar político en las elecciones, pero esta vez se vio con claridad el fraude electoral que organizó su partido. Ello condujo a una dramática crisis política. Balaguer llegó a un acuerdo con Peña Gómez, líder del PRD y principal afectado. El acuerdo cristalizó en un compromiso de reforma constitucional y el acortamiento del nuevo período de gobierno de Balaguer a dos años (1994-1996)³⁴. Además, transformó las bases institucionales de la política de partidos al introducir el balotaje, crear el Consejo Nacional de la Magistratura e incluir el voto de los dominicanos en el exterior. En 1996 los resultados electorales indicaron los frutos del nuevo compromiso conservador: la alianza entre Balaguer y el PLD, tras la candidatura triunfante de dicho pacto (Leonel Fernández), inició una fase nueva en la política de partidos al abrir el

la inercia y la transformación», en *Historia general del pueblo dominicano*, t. VI. En el mismo volumen debe verse los trabajos de Wilfredo Lozano. «Capítulo 5. El gobierno de los doce años: 1966-1978. Entre el autoritarismo y la reforma conservadora» y «Capítulo 7. Los gobiernos del PRD: 1978-1986. Transición democrática, movilización popular y crisis económica» y

³⁴ Visto desde hoy casi podría asegurarse que en la práctica esa reforma se colocaba en el camino de los acuerdos de 1990 con el alto empresariado en el sentido de producir los complementos políticos que este cambio de estrategia económica implicaba y que en 1990 no se manejaron. Véase Wilfredo Lozano. *La razón democrática. Cultura política, desarrollo y clientelismo en la democracia dominicana* (UNIBE-CIES-FES-Centro Bonó-FLACSO, Santo Domingo, 2013).

camino para que hoy pudiera imponerse en el imaginario político dominicano la mirada conservadora que Balaguer había producido.

Cosmopolitismo y nacionalismo

Veamos algunos puntos más prosaicos de la trayectoria biográfico-política de Balaguer. Algunas respetables personalidades políticas del país han planteado que Balaguer fue una especie de intelectual brillante, pero provinciano, que estuvo exclusivamente concentrado en los problemas nacionales. Es cierto que, al igual que la mayoría de los miembros de su generación, dedicó sus principales energías a los problemas muy específicos de la realidad dominicana, pero sería un error asumir el criterio del provincianismo político de sus ideas.³⁵

Al examinar su biografía política se puede apreciar que, en la primera parte de su vida pública, por diversas circunstancias, Balaguer tuvo una experiencia diplomática que le permitió formarse una idea bastante realista del debate político-internacional de su época. Vivió la experiencia populista de Gaitán en Colombia y la incertidumbre político-crítica de ese momento. Conoció el México de la nacionalización del petróleo bajo la presidencia de Lázaro Cárdenas y la España del ascenso de Franco al poder. En París pudo apreciar el surgimiento de un pensamiento y sistema totalitario, que finalmente se adueñó de gran parte de Europa, el nazismo. Se relacionó con la Cuba de Batista, aunque no viviera esa experiencia como sí lo hizo el exilio antitrujillista con personalidades como Juan Bosch, Pedro Mir o Juan Isidro Jimenes Grullón.

³⁵ Cfr. Roberto Cassá. *Capitalismo y dictadura* (UASD, 1982).

Esto corre paralelo al hecho de que Balaguer alcanzó en París cierto conocimiento sobre economía política, más allá de sus estudios jurídicos, al tiempo que, desde su formación inicial en Santo Domingo, y posteriormente en España, mantuvo el interés por los temas literarios. Al margen de sus escritos histórico-políticos, que por lo general están marcados por la coyuntura histórica y el condicionamiento ideológico, Balaguer llegó a ser una verdadera autoridad en filología hispánica. Escribió un libro que hoy día se sigue manejando en las universidades en los estudios filológicos sobre métrica castellana.³⁶ Al mismo tiempo, conservó su pasión por la literatura y específicamente por la poesía. Si se leen sus poemas, uno termina preguntándose: ¿cómo este señor gobernó con mano dura durante veinte y dos años al tiempo que escribía estos versos? Esos poemas no revelan el menor interés por la política, la cual constituía el centro de su vida, aunque sí ponen de manifiesto, sobre todo los escritos en la juventud, un ego muy grande y un acentuado sentido del orgullo. Ese punto me parece importante, porque muestra una especie de dualismo psicológico y de valores: como político era un realista, manejaba la política con fría destreza, pero al mismo tiempo en el campo literario fue un poeta envuelto en la mejor tradición clásica y romántica. Había allí una tensión entre pasión y razón que a mi parecer nunca fue resuelta.

Durante los años de la dictadura trujillista, Balaguer definió tres campos de actividad y producción intelectual. El primero y más importante es el constituido por los textos ideológicos de corte político encaminados a la justificación del régimen. El segundo es el de los textos de naturaleza historiográfica, cuyo hilo articulador fue el nacionalismo, casi siempre compuestos

³⁶ Cfr. Joaquín Balaguer. «Estudios para una historia prosódica de la métrica castellana», en *Obras selectas*, t. IV, Editora Corripio, Santo Domingo, 2006.

por biografías de patriotas dominicanos, comenzando por el fundador de la nacionalidad dominicana Juan Pablo Duarte. El tercero está constituido por su producción poética y sus textos de crítica literaria.

Tras la caída de la dictadura en 1961 hasta su derrota electoral en 1978 y los años en la oposición en la década de los ochenta, su producción ensayística quedó limitada a la reimpresión de trabajos publicados en el período previo y la publicación de compilaciones de discursos políticos. Sin embargo, en esa etapa se publican algunos libros fundamentales: 1) *La palabra encadenada* (1975), su mejor ensayo político; 2) *La isla al revés* (1983); 3) *Los carpinteros* (1984), y 4) su libro autobiográfico *Memorias de un cortesano de la «Era de Trujillo»* (1984).

La idea del poder y el autoritarismo redentor

Veamos un poco más de cerca la trayectoria de la producción intelectual de Balaguer en el plano propiamente político. En 1947 Balaguer publicó su libro *La realidad dominicana*. En ese volumen se puede apreciar un programa de reformas modernizadoras, donde por primera vez en la literatura dominicana de la época se plantea el tema del desarrollo de la clase media y se sistematiza la necesidad de modernización del campo dominicano.³⁷ Con esta obra Balaguer formula un programa político de reformas sociales de cara a la gestión del Estado y su función directiva del orden social.

En esos años, durante la década de los cuarenta y la primera mitad de los cincuenta, Balaguer se dedica a producir un conjunto de artículos y discursos en torno a la figura del

³⁷ Véase Roberto Cassá. *Los doce años. Contrarrevolución y desarrollo* (Alfa y Omega, Santo Domingo, 1986).

dictador y la necesidad de su permanencia al frente del Estado. Años después, tras su salida del gobierno en 1978, reúne varios de esos trabajos en un libro cuyo título es simbólico: *La palabra encadenada*. A mi juicio este es el mejor libro que en el plano político escribiera Balaguer en los años posteriores a la dictadura trujillista. No tanto por la valentía de su publicación a mediados de los años setenta, sino por dos asuntos fundamentales: 1) en primer lugar, porque allí hace sin rubor una defensa inteligente del trujillismo como régimen político en el que le tocó actuar como una de las figuras intelectuales más relevantes, sobre todo en la última fase del régimen dictatorial. Balaguer no oculta el autoritarismo y despotismo del régimen al tiempo que muestra su admiración por el estadista que, a su juicio, fue Trujillo. 2) Con ello propone en el fondo la defensa autoritaria de las reformas modernizadoras que trajo el régimen trujillista y el potencial de orden y estabilidad que impuso. De esa forma, con mucho tacto rechaza la idea de la democracia, como el tipo idóneo de régimen político que puede impulsar la modernización económica y producir el orden social, requisito del progreso, aunque en ningún momento la condena. Esto se aprecia de manera sistemática en el principal ensayo de la obra, escrito con posterioridad al resto de los artículos reunidos, los cuales redactó bajo la dictadura trujillista. Se trata de un análisis de la figura de Trujillo en la historia donde se discute la tensión entre un conjunto de aporías: orden político y democracia, autoritarismo y reforma social, crimen de Estado y estabilidad política, concentración del poder y gestión eficaz de gobierno, entre otros aspectos. En *La palabra encadenada*, con elegancia Balaguer llega incluso a racionalizar la idea del crimen político por razones de Estado y, aunque critica el despotismo político del dictador, lo aprecia como una especie de inevitabilidad histórica e insiste en justificarlo a través de sus medidas reformadoras y progresistas.

La aceptación del canon democrático tiene riesgos para la estabilidad de este tipo de gobierno, sobre todo si sus bases de legitimación no son fuertes. El Estado democrático está obligado a ser plural, dando espacio en el marco de su ordenamiento constitucional a actores que no necesariamente piensan que la democracia es la opción política más adecuada para la nación moderna. Me refiero a las propuestas de orden político autoritario. Es el caso de la visión monárquica de Churchill, que coexistía con el modelo monárquico-constitucional de la democracia británica. Sucede lo mismo con el oportunismo de Hitler, quien bajo la cubierta de la constitución de Weimar logró legitimar en la sociedad alemana una propuesta política que lo llevó al poder, manejando las reglas del juego democrático trazadas por dicha constitución. La paradoja es simple: no puede haber un ejercicio democrático de la política sin aceptar el pluralismo, pero los actores no democráticos que actúan en esa escena política perfectamente pueden asumir posturas que socaven la estabilidad del régimen democrático y precipiten su crisis y caída.

A partir de 1978 Balaguer se vio obligado a moverse en una nueva realidad política que reconocía la competencia democrática como el marco legítimo para alcanzar el poder. En 1982 fue derrotado de nuevo por el PRD y lo aceptó, pero en 1986 su triunfo abrió otro surco político para la experiencia democrática dominicana. En la situación producida en el país tras el triunfo del PRD en 1978, puede sostenerse que Balaguer actuó simplemente como un político conservador, pero realista. Entre 1990 y 1994 las acciones de Balaguer manifestaron su vocación autoritaria, que negaba las reglas del juego planteadas por el canon democrático competitivo.³⁸ Todo esto se vio

³⁸ Detalles sobre esta coyuntura en Juan Bolívar Díaz. *Trauma electoral*. Santo Domingo, 1996. Años después se publicó el ensayo de John W.

claramente en el demostrado fraude que su partido produjo en las elecciones de 1994, a partir del cual se vio obligado a concertar un gran pacto político con Peña Gómez, al que se sumó el propio PLD. Este acuerdo dio otro rumbo a la democracia de partidos en el país al romper el dique del bipartidismo en las elecciones de 1996, consolidarse el tripartidismo con el ascenso del PLD al poder ese mismo año, al tiempo que se comienza a imponer un nuevo esquema de legitimación política no solo afincado en el tradicional clientelismo y el populismo de masas, sino sostenido en la reedición del discurso nacionalista, ahora consumido por el conjunto de la élite política dirigente, generalizándose el conservadurismo en toda la clase política, como ya se ha discutido.³⁹

Al leer *La palabra encadenada* surge la pregunta: ¿Este hombre alguna vez tuvo una convicción democrática? A mi criterio Balaguer nunca creyó en la posibilidad de la democracia como «formación» política estable que viabilizara el bien común. Aceptó la democracia como lo hizo Winston Churchill en su época: el menos malo de los gobiernos malos. Casi podría decirse que en su enfoque la democracia no era sino un ordenamiento político en el que los más imponen su voluntad a los mejores, con el agravante de que las mayorías claramente no saben qué es el poder ni mucho menos manejarlo. De ahí que se justificara la idea del liderazgo providencial como la salida a las incapacidades del modelo democrático para ejercer su gobernanza. Balaguer no era un aristócrata ni un oligarca que despreciara a las masas. Era un político realista que en el fondo despreciaba las oligarquías. A mi juicio es esta tensión la que

Graham, en ese entonces embajador, protagonista de primer orden en esa coyuntura crítica en el proceso de negociación: *La crisis electoral de 1994*, publicado por la Fundación Cultural Dominicana, 2011.

³⁹ Véase a Leopoldo Ariles (*op. cit.*).

le permitió resolver en su práctica política, y sobre todo en sus experiencias de gobierno, el choque real entre el dominio de las élites y las necesidades de las masas. En primer lugar, porque históricamente los gobiernos democráticos han demostrado que al generar mayor capacidad de consenso de masas tienen más posibilidades de controlar el conflicto por sobre los gobiernos dirigidos por unos pocos; pero, por el contrario, al tener que organizar esos consensos entre múltiples fuerzas, tienen menor capacidad de gobernanza y estabilidad. En casos como el dominicano, y sobre todo en figuras como Balaguer, el resultado histórico ha sido la cohabitación entre la visión redentora de la política y la manipulación clientelar de las masas en modelos «cuasidemocráticos» de participación difusa (¿populismos?).

Como se aprecia, Balaguer no creía mucho en la democracia, aunque finalmente terminó aceptándola como un hecho político en sí mismo. En *La palabra encadenada* se muestra su rechazo al modelo democrático. En su famoso ensayo «El principio de la alternabilidad en la historia», a mi criterio, la idea queda muy clara. Sostiene que si un gobernante da pruebas de que su ejercicio de gobierno es «bueno» y su gestión «eficiente» no debe sacrificarse esta capacidad por el principio abstracto de la alternabilidad en el poder, como —piensa Balaguer— predica el canon democrático.⁴⁰ Cuando se publicó el artículo en plena Era de Trujillo era evidente el propósito justificador del continuismo trujillista. Pero por la forma en que el artículo está redactado, su argumentación se propone como tesis general: la importancia de las figuras providenciales versus las instituciones democráticas. En 1975, cuando Balaguer volvió a publicar el artículo incluyéndolo en *La palabra encadenada*, su propósito fue evidente: justificar el continuismo, apoyar su crítica

⁴⁰ Véase *La palabra encadenada* (1985).

a la tesis democrática de la alternabilidad política⁴¹ y abrirse camino no solo en la justificación de las reelecciones políticas que había impulsado (1970, 1974), sino especialmente racionalizar bajo el mismo principio su pretensión de permanencia en el poder de cara a las elecciones de 1978.

Con *La palabra encadenada* y la mayoría de las obras que escribiera en materia política, Balaguer permanentemente construía racionalizaciones de su propia experiencia como sujeto político. Eso mismo ocurría con sus textos historiográficos, que en principio se piensa que están alejados de la coyuntura de las luchas políticas: en *El Cristo de la libertad*, Duarte termina siendo una figura muy parecida a Balaguer; en *El centinela de la frontera*, Duvergé es un abanderado de posiciones antihaitianas que desdibujan las luchas del patriota en su marco histórico y las hacen casi un componente de la visión balaguerista del peligro haitiano.

Aquí vale la pena plantear una reflexión sobre las élites intelectuales bajo la dictadura de Trujillo. Es indudable que las dos figuras intelectuales más relevantes del régimen trujillista fueron Manuel Arturo Peña Batlle y Joaquín Balaguer. A ambos los une su acentuado nacionalismo antihaitiano, pero los separa el perfil de sus personalidades. Peña Batlle ingresa tardíamente al aparato de gobierno de la dictadura y siempre mantuvo una cierta soledad intelectual en su corta experiencia al lado de Trujillo. Balaguer se integra al régimen desde sus inicios, permanece como un burócrata de Estado y en ese marco produce su obra intelectual.

Peña Batlle no era un político. Era un gran intelectual. Quizás el más sesudo de su época, desde el punto de vista

⁴¹ Roberto Cassá analiza con claridad esa relación en su libro *Los doce años. Contrarrevolución y desarrollismo* (Alfa y Omega, Santo Domingo, 1986).

estrictamente historiográfico, que logró acoger el régimen. Ciertamente, debe apreciarse el papel de Américo Lugo, que fue la principal figura intelectual de la resistencia nacionalista bajo la ocupación norteamericana de 1916-1924, pero nunca formó parte del aparato de gobierno.⁴²

Peña Batlle fue un gran historiador, profundamente nacionalista. Hizo de su preocupación por Haití el eje de su reflexión historiográfica. Hasta los años cuarenta se mantuvo alejado del gobierno, pero finalmente fue cooptado por el régimen. Su caso revela su profunda convicción nacionalista, constituyéndose quizás en el principal ideólogo del antihaitianismo en el país. Es un ejemplo lamentable de cómo incluso grandes personalidades como la suya al quedar atrapadas en las redes del poder terminan hechos añicos desde el punto de vista político.

Balaguer era otra cosa. Fue un intelectual con gran inteligencia, dotado de una extraordinaria cultura literaria. A ello se unían sus conocimientos historiográficos sistemáticos, y tenía algo que le faltaba a Peña Batlle: una gran capacidad de gestión administrativa y dirección política. Peña Batlle era un aristócrata, un refinado intelecto que le tocó desempeñar su rol de historiador al final de su vida en el juego de la política trujillista. Balaguer no. Desde el principio fue un ente político. Al interior del régimen dictatorial con cuidado fue escalando posiciones y ganando confianza. Pasó de ser un simple inspector de Educación a los niveles más altos del tren burocrático trujillista: presidente de la República.⁴³

Balaguer fue entendiendo la lógica del poder en el marco de la dictadura y así llegó a ser un hombre de confianza

⁴² Cfr. Roberto Cassá. *Personajes dominicanos*, t. II. Editora Alfa y Omega, Santo Domingo, 2013.

⁴³ Ver libro de Rodríguez de León (*op. cit.*), sobre todo la parte relativa a la trayectoria burocrática de Balaguer en el régimen trujillista.

de Trujillo, imprescindible para el desempeño del régimen. En determinado momento estuvo en la posición privilegiada que le permitió en 1960, tras la renuncia forzosa de Negro Trujillo, ocupar la presidencia de la República y, gracias a ello, en 1961 convertirse desde el Estado en el principal negociador de la destrujillización.

Balaguer no fue un devoto del catolicismo, aunque, como figura de Estado, respetara al pie de la letra el ceremonial religioso. Mantenía el ritual católico y de alguna forma fue un cristiano consecuente. Pero también fue un agnóstico en filosofía y un político que manejó con inteligente habilidad su buena imagen de fiel creyente cristiano. Incluso en su libro autobiográfico⁴⁴ confiesa —en un *ractus* de sinceridad— que si en algo creía era en que la naturaleza era Dios y que, en consecuencia, todos somos un poco dioses, porque de alguna manera formamos parte de ella. Esta visión más que agnóstica era panteísta.

Tras lo dicho, podemos aventurar una hipótesis que ayude a comprender el lugar que en la cosmovisión balaguerista juega el destino. En toda la obra de Balaguer hay una obsesión por el destino. Esa creencia recorre su visión como líder político, su idea de la historia dominicana y su pesimismo, encontrándose unida a la idea de la muerte y la sobrevivencia en el más allá. A lo largo de sus escritos hay al respecto dos ideas matrices: en primer lugar, asume que el destino era algo en lo que de alguna manera los humanos podíamos incidir y quizás hasta superarlo o vencerlo en la medida en que en nuestro obrar histórico dejáramos una impronta, un resultado digno que pudiese ser recordado por las generaciones que nos sucedan y de ese modo alcanzar la inmortalidad. Creo que esa primera idea del destino tiene mucho que ver con el afán de Balaguer de

⁴⁴ Cfr. Joaquín Balaguer. *Memorias de un cortesano de la «Era de Trujillo»* (Santo Domingo, 1988).

escribir libros, muchos libros. Siendo justos, de alguna forma esa creencia afecta en algún momento a todo escritor. Pero hay una segunda mirada al destino, que resulta más interesante. El destino puede ser algo inasible, huidizo y poco inteligible. Balaguer escribió un texto donde lo define: «Nosotros como seres humanos, en nuestras acciones, generamos consecuencias; esas consecuencias se suman a otras consecuencias y van entretejiendo una telaraña de la cual no podemos escapar. Nosotros somos hijos de nuestros actos, ese es el destino». Sin entrar en mayores consideraciones, me parece claro que en esta segunda idea Balaguer pone de manifiesto su formación clásica, concretamente la influencia que en su visión del mundo pudo haber tenido la idea griega del destino, en la que el héroe, si bien no puede escapar a su sino, lucha permanentemente contra el designio de los dioses y de esta forma construye la historia, vale decir, construye su destino.⁴⁵

Modernamente es Hegel quien propone una visión dialéctica del desarrollo del espíritu (la historia) tras el cual el hombre construye su destino, hace la historia y al hacerlo produce su libertad. La idea es recuperada por Marx en una suerte de hegelianismo materialista, afirmando en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* que los hombres hacen su historia, pero en medio de circunstancias que heredan y no controlan. En este sentido, el destino es una perpetua lucha del hombre contra esas circunstancias que se les imponen, pero que tratan de superar, y en ese esfuerzo construyen su historia. De alguna manera Balaguer fue un hombre muy influenciado por la tradición griega, no solo en su racionalismo y búsqueda de coherencia lógica, sino sobre todo en su lectura trágica de la historia. Es central aquí la idea de las opciones que la historia le presenta al hombre, obligándole

⁴⁵ *Idem.*

a asumir decisiones donde existe un margen de libertad, pero una vez que se asume una ruta elegida, se enfrenta a inevitables consecuencias producto del accionar histórico.

El mito de Aquiles es paradigmático. Como todos los grandes héroes de la mitología griega, luchaba permanentemente contra el destino, aun a sabiendas de que no podía evitarlo. Al elegir morir joven con gloria, rechazó envejecer con una familia feliz en el olvido. Prefirió lo primero y, con esto, venció de alguna manera el destino. Esa fue la grandeza de aquella civilización: asumir lo dado y luchar por cambiarlo. Creo que, de alguna forma, unido a su sentido aristocrático de la historia, su visión mesiánica del liderazgo y su mirada autoritaria del Estado, Balaguer estaba convencido de que le tocaba jugar un papel semejante, que fue ciertamente cambiante, y frente al cual permanentemente intentó racionalizar el contenido de sus actos. En muchos sentidos esto ayuda a entenderlo en su accionar histórico como político e intelectual.⁴⁶

⁴⁶ Vale la pena citar *in extenso* al propio Balaguer: «El que me sustituya, ¿será mejor que yo, más fiel que yo a la Constitución de la República, y a los principios de esa Carta Orgánica que consagran la libertad de comercio, la libre empresa, la libertad de expresión, la inviolabilidad de los derechos fundamentales del hombre, el derecho de todos a disentir de las opiniones del que gobierna, y, en fin, a las prerrogativas inherentes a la dignidad humana?». «¿Hay, por otra parte, dentro de las Fuerzas Armadas, una sola figura que unifique a todos los hombres que visten el uniforme del Ejército Nacional, de la Marina de Guerra o de la Fuerza Aérea?». «¿Qué candidato es el que mejor garantizaría en estos momentos la continuación de la paz, la ininterrupción del progreso, la escrupulosa inversión de los fondos públicos, la armonía tanto dentro de las fronteras de la República, hogar común de todos los dominicanos, como dentro de los propios recintos militares?». «Yo soy, en cierto modo, señores, un instrumento del destino».

Ideas centrales del discurso balaguerista

A lo largo de la exposición hemos podido reconocer cómo el pensamiento de Balaguer se encuentra envuelto en tensiones no resueltas, donde su eje articulador fue siempre la búsqueda del poder y el papel que en ese proceso puede y debe jugar el pensamiento. Pensar a Balaguer como hombre de ideas fuera de esas contradicciones internas impediría comprender sus escritos.

A mi criterio, en esa perspectiva reconocemos al menos cinco componentes de ese pensamiento, los que según creo permiten sintetizar el conjunto de la obra balaguerista. El primer componente que debe destacarse es la idea del liderazgo mesiánico como fuente redentora de la sociedad y sus problemas. En esa visión la sociedad y, en la perspectiva política, las masas constituyen siempre un ente subordinado, incapaz de generar iniciativas propias de autoliberación. Más aún, esa incapacidad demanda de la redención de un ente superior, jefe, caudillo o líder. Todo en este esquema queda subordinado y depende de la voluntad y fuerza del caudillo o jefe redentor. El segundo elemento es la idea de que en realidad las masas, como sujetos subordinados, siempre esperan la redención. El líder providencial tiene que esperar su momento. A partir de esta argumentación «filosófico-política», Balaguer construye un andamiaje de argumentos para explicar y justificar la acción política como acto histórico, ayudar a la ejecución de una acción en el proceder pragmático o consolidar un determinado espacio de poder conquistado, objetivo central de todo ejercicio político desde Maquiavelo.

Aquí aparece el Estado como el espacio donde se articula el proyecto redentor, a partir del cual se producen las condiciones que aseguran la cohesión de la sociedad y el orden político que debe ser su precondition. En este esquema la sociedad siempre

es una realidad subordinada, sometida al poder del Estado y dependiente de este.

Muy posiblemente por esta visión general de la política, y del papel del Estado en la articulación de la sociedad, le fue fácil a Balaguer asumir la idea bonapartista de la compactación de un acuerdo político entre los principales actores empresariales, políticos y militares en 1966, en el que su figura pasó a constituir el punto de equilibrio del orden político surgido de ese acuerdo. En muchos sentidos Balaguer teorizó la idea bonapartista, pero a través del filtro de su visión providencialista de la política.

Sin embargo, Balaguer siempre mantuvo un proceder realista y su cosmovisión del mundo y práctica política se ajustan a la mirada conservadora de la geopolítica. Sin embargo, esa mirada nunca fue coherente: por un lado, le permitió mantener una actitud sumisa y disciplinada frente al poder de Estados Unidos, lo que se manifestó en su defensa de la política anticomunista estadounidense en la Guerra Fría y en su visión dócil en materia de inversión extranjera, comercio exterior y en general del desarrollo. Resulta paradójico que mientras en el plano geopolítico Balaguer asumió una subordinación pragmática frente a los norteamericanos, en lo interno mantuvo una ideología calificable de colonialismo insular frente a Haití. En ambos casos se trata del sostenimiento de una lógica de poder por dos vertientes diferentes, pero unificadas: la subordinación geopolítica a Estados Unidos le permitía compactar su modelo de dominación política y apoyar un estilo de desarrollo dependiente de base agrominera e industrial. Por otro lado, su rechazo a Haití le ayudó a construir una ideología nacionalista que compactaba su dominio político sobre el conjunto de las clases del Estado-nación dominicano a través de un esquema de exclusión social de los inmigrantes procedentes del vecino del oeste, que anualmente se integraban a las labores agrícolas

o de servicios en el país, al tiempo que le ayudaba a sostener un marco legitimador del poder político bajo la idea del peligro haitiano, la defensa de la soberanía y la identidad nacionales.

La figura de Balaguer atraviesa la segunda modernidad dominicana desde la muerte de Trujillo en 1961 hasta el inicio del siglo XXI. Figura controversial, rechazada por las oligarquías tradicionales en la destrujillización del país, terminó liderando la alternativa autoritaria exitosa que llegó al poder en 1966 tras la derrota de las fuerzas constitucionalistas en 1965. A partir de ese momento articuló un claro liderazgo autoritario que impuso un nuevo programa político y un modelo reformista de crecimiento a las élites que unos años antes lo rechazaron. Dicho modelo de desarrollo activó la segunda fase de la industrialización por sustitución de importaciones en el país en el siglo XX y estimuló la creación de una nueva élite empresarial. En toda esa trayectoria Balaguer fue una suerte de líder bonapartista del campesinado y un caudillo indiscutible en las fuerzas armadas. El precio pagado fue la imposición de un modelo político inicialmente represivo, luego acentuadamente excluyente de la participación política de los actores democráticos, hasta finalmente ser vencido en 1978 por esas mismas fuerzas que su gobierno reprimió y excluyó. Su liderazgo sin embargo se mantuvo y logró reagrupar las fuerzas conservadoras en la oposición política desde 1978 hasta 1986. Con el apoyo del alto mando empresarial volvió al poder en 1986 por la vía democrática competitiva. A partir de ese momento Balaguer devino en un líder de acentuado conservadurismo, pero ahora envuelto en un ropaje populista, unido a su permanente búsqueda del poder de 1986 a 1996 en que de nuevo gobernó el país. En ese largo periplo terminó constituyéndose en la figura principal de la derecha política dominicana, culminando su carrera política en 1996, cuando transfirió el poder a Leonel Fernández del PLD, partido construido y liderado por su

antagonista histórico, Juan Bosch. A partir de ahí, su liderazgo se transformó en una fuerza ideológica y cultural en la política dominicana, de forma tal que el proceder político del sistema de partidos quedó profundamente impregnado del *ethos* conservador que Balaguer cohesionó y dotó de sentido histórico y político. Indudablemente, Balaguer terminó constituyéndose en la figura emblemática, aunque controversial, de la derecha política dominicana moderna. Podría decirse que terminó siendo el ícono ideológico de una larga tradición autoritaria, aunque también impuso una mirada reformadora a las élites políticas, a partir de lo cual se ha construido la política dominicana contemporánea, envuelta en un largo espectro populista y clientelista, en la que el Estado ha permanecido como el ogro filantrópico que ha impedido la afirmación de un ideal democrático de base ciudadana institucionalmente fundado.